

*Carta que D. Francisco de Quevedo y Villegas, caballero del hábito de Santiago, escribió à D. Antonio de Mendoza, caballero del hábito de Calatraba, y ayuda de cámara de rey D. Felipe IV en que prueba que el hombre sábio no debe temer la necesidad del morir (1).*

**A** saltóme el otro día los gustos mas conformes à la liviandad de mis deseos, el recuerdo de un amigo que ví llevar à enterrar; porque segun andamos divertidos, aun estamos enterrados, y no creemos que la muerte y el horror nos tienen cogidos. Y à pesar de la opinion lastimosa, que de parecer de Epitecto, hace sea indigna de lágrimas la muerte, con animoso corazon y postreras palabras te dije: dichosamente deseases, espíritu rescatado del cuerpo. ¡Oh, como habrás conocido, que te fué mas carga que compañía! Si mar dificultosa navegaste, ya estás en el puerto, y quanto fué mas corto tu viage, tantas menos borrascas sufristes. No (por la suma piedad) te aparte el contento de verte en salvo la lástima de los que dejas acá remanado. Presto seré contigo, que si la vida es sola la que aparta los vivos de los muertos, breve es la distancia del intervalo, si aun mientras te hablo con estas postreras razones, te sigo con los demas: que, como dice Job, nacimos de muger flaca, llenos de miserias, y à breves dias de vida, como la flor apenas florida quando marchita. Esto dije yo à voces. Admiráronse los amigos que lo oyeron; y preguntóme uno: ¿como era posible que así me consolase de la muerte de un hombre tan familiar mio, y que antes mostrase alegría que tristeza? Fué Sr. D. Antonio esto lo que respondí.

Confieso, Sr., que si he pecado en algo, ha sido solo en tener envidia à la buena suerte del amigo, que primero veo descansar de las molestias de la que no sin grande agravio de la muerte, llamamos vida. Bien que primero busqué razones que acreditasen mis lágrimas. Mas volviéndome à todas las cosas que dejaba, hallé forzosas ocasiones de alegría. Miré una alma imágen de Dios, de tanta estima à sus ojos, que por enmendar un borron en ella, no

[1] Esta carta permaneció inédita, hasta que en el año de 1787 se publicó en el semanario erudito; pero como esta obra es volumosa, pocos son los que la compran; por lo que me ha parecido útil imprimirla en esta Gaceta.

halló bajeza ninguna indigna de su grandeza. Véola detenida en negocios vanos, aposentada en casa frágil, y hallo que no la estima ni conoce quien no siente verla tan mal entretenida en este camino. Considero que la vida à que nació es tan corta, que no hallo que pueda decir nadie vivo, pues lo pasado ya está en poder de la muerte, tirando de lo por venir que solo tarda en pasarse lo que tarda en llegar, pues lo presente es un instante que deja de ser futuro y pasa à pretérito, y mientras dice uno vivo, aguija à la muerte, y con las obras desdice y desmiente las palabras. El mal que nos hizo naturaleza en darnos vida trabajosa, desquitó y satisfizo en darnosla corta, estratagema fué suya quitarnos la razon cuando nacemos, porque à tenerla y conocer à què veníamos, hicieramos desesperadas diligencias por hacer un dolor el del nacer y el morir. Pues ¿cual hombre, que sabe de cuan generosa casta es el alma (que mal vestida la traemos disfamada en los deleites del cuerpo) dejará de conocer cuanta lisonja le hace la muerte en apresurar los pasos, con que por este camino se vá à la pátria?

Diránme que vuelva los ojos à la hermosura de la tierra, à la luz del sol, à los amigos, à los parientes, à los padres, à la hacienda y à los deleites y gustos, y que sin duda lloraré por el que de enmedio de estas cosas y de su edad es arrebatada. Y lo primero que miré para consolarme, fué ver que salia libre de estas mismas cosas, pues en la hermosura de la tierra no deja otra sino memoria de su fin. ¿Qué otra cosa dice la primavera hermosa que una niñez, à quien despues por las vueltas del tiempo sucede la juventud de un verano, luego la mocedad del otoño, luego la vejez de un estio, y tras ella una muerte helada de un frio invierno? Y pocos son los que no se quedan en la ternura de la niñez, y son pocos, pero dichosos. ¿Qué otra cosa es una flor sino un retrato de la vida de un hombre, en cuya hermosura tienen poder todas las mudanzas del tiempo? Dejò en la tierra campos que regar con su sudor, posesiones que [como dijo en epigrama griego] tienen por dueño firme la sucesion. Dejò en la tierra muchos afanes que le divertian de la paz de la conciencia. Dejò una venta que con su hermosura y regalos le detenia de llegar à la pátria que buscaba. ¿Quien será el ciego que llame en un camino beneficio la tardanza de su jornada, si es forzosa? S. Pablo dice que somos caminan-

tes y no moradores. Segun esto, razon tive para alegrarme de ver á mi amigo que fuera de la venta, tenia ya los pies en la posada que buscó. De mi opinion no se quejó Job, cap. 9, cuando dijo, mis dias pasaron mas veloces que el correo; huyeron y no vieron el bien, pasaron como las naves que llevan fruta, y como la águila á la comida. Antes fué decir, que entre todos sus trabajos se consolaba con ver que habian pasado tan presto sus dias; y entiendo lo que dice, que no vieron el bien, no porque le vieron ni le hay sino porque no se detuvieron en los males de acá, teniéndolos por bienes; y que él se alegrase con la muerte, y la tuviese por descanso, en la primera lamentacion suya lo dice, cuando se queja de que nació y maldice el dia de su nacimiento. Y en el capítulo 7 dice, guerra es la vida del hombre sobre la tierra, y son sus dias como los del jornalero: pues como el ciervo desea la sombra, el jornalero el fin de su trabajo, ¡Oh, como esfuerza lo que yo he dicho, y todo en una palabra en una comparacion! Si guerra es la vida, sin duda es descanso la muerte. Luego ¿á quien le pesó ver descansar á su amigo? Los dias son como los del jornalero de trabajo, y por eso dice, que desea el fin de ellos, porque en él está el remate de sus penas. Tú que deseas vida á tu amigo, ignorante, ¿que otra cosa haces que pedir cruel plazo á la tarea del que trabaja?

La luz del sol dejó. Cosa que sentian mucho los antiguos, como no aguardaban luego sino reinos de sombras, y oscuros y vacios campos. Mas yo, que por la fé creo que la muerte cierra los ojos á esta vida breve, arrastrado de horas fugitivas, ya maliciosas, ya inciertas, y abre los del alma á la luz que no sabe dar lugar á noche ni tinieblas, ¿por qué no he de alegrarme con la mejora del que bien quiero?

¿Qué es el dia y el sol para nosotros? Séneca lo dijo bien en estas palabras: cualquier dia nos muestra cuan poco somos, y con algun nuevo argumento nos amonesta, viendonos olvidados de nuestra fragilidad; pues meditando las cosas eternas, nos esfuerza á mirar á la muerte. Esto se entiende del sol y la luna, en cuyos defectos, ocasos y orientes nos vemos ámonestar, siendo barro y polvo.

Amigos dejó, que al fin la dejarán. Tú volos su felicidad, no él. ¿De qué le sirvieron en el mundo? De ladrones del tiempo que le hurtaron con su compaña; de facilitarle los atrevimientos de mozo; de traerle siempre cui-

dadoso de conservarlos; de ser enemigo de sí por ser amigo de ellos; y al fin, si fueron buenos, le dieron dolor de apartarse de ellos, si malos, de no haberse apartado antes. Y si alguna cosa no dejan los hombres, es los amigos. Qué como todos caminan á la muerte, no hace el que acaba primero, sino adelantarse un poco de los que le siguen. Y asi hace mal el que se despide del que aguija tras él, pues que le vá siguiendo; y que por la misma senda va adelante el que le ha de aguardar por fuerza. No ha de decir el que se muere al que vive, *quedad con Dios sino daos prisa. Yo no me parto; sino allá os espero.* Esto corre con padres y parientes.

Vamos á la hacienda, que verdaderamente se deja, ó por mejor decir se queda. Porque como ni es bien del cuerpo ni del alma: sin acompañar el cuerpo á la sepultura, ni el alma á su descanso, se queda con la fortuna, cuya es, aguardando en codiciosa herencia nuevo dueño. Si esta hacienda, pues, se buscó con riqueza, se guardó con cuidado, se gastó con cuenta y se dejó con dolor, ¿qué bien y comodidad hizo al dueño para que sintiese apartarse de ella? ¿Tuvo hacienda? Tuvo envidiosos, temió ladrones, y sufrió aduladores, y aun dió envidiosa codicia de su muerte al sucesor, y muerto ella, misma le enjugó las lágrimas, y fué con su precio consuelo de su muerte. Mirad si estará descargado de buen peso; y si conocida esta ingratitud de los bienes temporales, que solo se guardan para el cielo (segun palabras de Cristo) los que se dan al pobre, y como lo dijo aun con profana boca Marcial, parte toma el fuego abrazando la casa, parte la mar anegando las mercaderias y flotas, parte el amigo, parte el deudor desconocido, y parte el campo estéril. Solo se hurta á la fortuna y hado la hacienda que se dá al benemérito.

Los deleites y gustos es mentira decir que los dejó, porque nunca hombre mortal los tuvo; sombras sí aparentes, figuras de ellos sí, que con el remate suyo consolaron al que los perdió; sueños vanos que entretuvieron mentirosos, y llegada la luz se desvanecieron eso sí. Pero deleites y gustos que tuviesen de serlo mas que el nombre, dígame alguno, ¿cuando se usaron en el mundo? Todo fué mentira y representacion, y hasta la vida propia, como dice Epicteto, es una comedia. Conviene á cada uno de nosotros hacer bien nuestro papel sea el que fuere; pero á Dios

toca el dárnosle, que no de nuestro poder escoger el del rey ó el del pobre, ó el del necio ó el del discreto, ó el del sábio: darle largo ó corto toca al autor de la farsa. Solo nos ha de consolar que el ser rey, papa, pobre y humilde, dura solo mientras hacemos las figuras en el tablado de la vida: que entrando en el vestuario de la sepultura, todos somos igualmente representantes, y se conoce que la diferencia estuvo solo en los vestidos. Hizo mi amigo ya su personage, díole Dios el papel corto, acabole en pocos años, desnudose de la ropa del cuerpo, dejola en el vestuario de la tierra y descansa ya del oficio trabajoso. Que así, como dice San Pablo pasa la figura de este mundo. ¿Murió? No, pasó á mejor vida, trocó la vida con la muerte. ¿Murió? No, acabó de morir, que cuando nació comenzó á morir. Y cuando muriera, ley es y no pena morir. Tras todos va, y todos vienen tras él. Ya se ve lo mucho que la muerte esconde, ¡qué de dudas le ha declarado al postrer suspiro! ¡Oh, que ufana se hallará sin rudezas del cuerpo el alma docta en sus discursos! Deja el preso la cárcel, el esclavo el cautiverio, salió el huesped de la mala posada, el caminante de la venta, ¿y no quereis que se alegre? Desnudose el vestido que no habia menester, soltó los grillos para volar, y eso fué dejar el cuerpo en la sepultura. Dirás que le comen gusanos, y que ves resuelto en podricion todos los miembros con que vivia. Y aun eso á su alma y á mí nos consolará de que haya dejado cosa tan mala, y que habia de ser alimento de la tierra. Y por ahí conocerás mejor su mucha calidad y belleza; pues bastó su presencia á disimular tanto horror y á hermosear un sepulcro tan feo. Yo tengo por opinión, que lo que acá llaman muerte, se ha de llamar resurreccion, pues el cuerpo no es mas de una sepultura; y espirar es salir el alma de este sepulcro donde estaba administrada por sentidos terrenos. Dice Platon que quien tiene cuidado de su cuerpo, mira por cosa suya, pero no por sí; pero quien mira por el dinero, ni mira por sí ni por cosa suya, sino por lo que está lejos de él. Y en confirmacion de que es sepulcro, el mismo *in Cratilo* dice: nuestro cuerpo se llama *soma*, ó *sima* que es sepulcro del alma. Dice Mercurio Trimegistro, antiguo teologo, en el Pimandro, que el amor del cuerpo es causa de la muerte, y que quien no aborrece el cuerpo no se podrá amar á sí; porque es el cuerpo vestidura de ignorancia, fundamento de maldad, ligadura de corrupcion, velo opaco,

muerte viva, cadáver sensitivo, sepulcro portátil y ladrón de casa, que mientras albaga aborrece, y mientras aborrece envidia. De esta condicion es la casa que traemos con nosotros mismos. El nos lleva tras sí, porque no veamos el decoro de la verdad. El embota la vista de los sentidos exteriores y la ciega, y con la materia pesada los ahoga, embriagados con abominables defectos; porque nunca oigamos, ni veamos aquellas cosas que deben oír y mirar. Pero Agustino en la epistola 14 dice: confieso que tenemos nacida con el alma caridad de nuestro cuerpo; confieso que tenemos á cargo su tutela; no niego que se le ha de perdonar; pero niego que se le ha de servir, porque servirá á muchos quien sirviere al cuerpo, porque teme por él mucho quien le atribuye á él todo. Así, pues, nos hemos de gobernar, no como que debamos vivir por el cuerpo, sino como que no podemos vivir sin él. El demasiado amor suyo nos inquieta, con solicitud nos carga, y con afrentas nos affige. Ved, pues, si siendo tal el cuerpo, haga conforme á toda razon holgándome de ver á mi amigo desnudo de él. ¡Ojala me viera yo ya cerca de verme sin ropa tan áspera y prestada! ¡Oh, como será, cuanto presta mas bien venida la muerte! Poco lo sentiriamos, si usasemos de ella como de cosa agena, y no nos ensoberbeciesemos con la posesion sonando propiedad.

¿Quién me darás, dice Seneca, Epistola I. que ponga algun precio al tiempo, que estime el dia, que entienda que cada dia se muere? En esto nos engañamos, que aguardamos la muerte, estando ya pasada por nosotros la mayor parte de ella. Todo lo... tiene la muerte; haz, pues, Lucilo, lo que escribes que haces. Abraza todas las horas y así vendrá á ser que pierdas menos del dia de mañana, si aprovechas el de hoy. La vida se pasa mientras se difiere. Todas las cosas, mi Lucilo, son agenas, solo el tiempo es nuestro. Y en la Epistola 23 dice: considera si agujáras, y corrieras, cuando amenazándote viniera á tus espaldas el enemigo. Esto pues te sucede; eres seguido y alcanzado; escapate, ponte en salvo, y desde allí considera, cuan hermosa cosa es acabar la vida antes que venga la muerte. No es segun esto bueno el vivir, sino el vivir bien. Por lo cual el sábio vive cuanto debe, y no cuanto puede. Y pues es mas humana cosa considerar la vida, que llorarla de parecer de Seneca, y yo quiero del mio hacerlo así, pues por breve no se puede, que nosotros breve la hicimos, que

no la recibimos, no somos de ella pobres, sino largos. Y el Eclesiástico dice, no solo que no se llore el difunto; pero en el cap. 12 afirma, que es mejor el día de la muerte, que el del nacimiento; y Job, dice, que descansará en la tierra con los cónsules y reyes, y mas adelante en el 1.º capitulo dice, que á los tristes les es lo mismo hallar el sepulcro abierto, que á los que caban por riquezas hallar el tesoro. Platon dice, que es absurdo llorar al hijo ó criado que se muere; porque, como dice Salustio, para decir que uno murió, pagó lo que debía á la naturaleza. Y como dice Lucrecio, libro 3, si hablara la naturaleza, yo pienso que reprehendiera así á los hombres: ¿por qué, mortal, con tantos extremos, tiembles y lloras la muerte? Porque si la vida pasada te fué dulce y agradable, y no te sucedió desgracia ninguna, ¿por qué hartado de vida, convidado de ella, no te apartas de buena gana y con ánimo igual no admities la quietud? Pero si todo te fuera azares, desdichas y trabajos, ¿por qué quieres añadir mas? Así que alegre ha de morir el dichoso como el desdichado; aquel hartó y contento de que acabó sin azar, y el otro que acabó los que tenia.

Demas de esto, no es mi amigo este que llevan con triste pompa á depositar en la tierra. Este es el cuerpo que desechó; que mi amigo por la eternidad se pasea. Y así entendió esto Platon, cuando dijo en el 12 de las leyes: el hombre no es otra cosa que el alma misma, que el cuerpo siga al hombre como cosa imaginaria, de nada ha de cuidar un hombre menos que del sepulcro. ¿Qué piensa el que suntuosamente le adorna, y toda la vida anda solícito de su entierro? ¿Por ventura no de la misma suerte descansa en muda piedra el no conocido que siete pies ocupa, que el que está detrás en bultos y epitafios, y el plebeyo que fertiliza con su corrupcion la yerba que piadosa le cubre? Aquí llevando lo que mas le importó dejar á D. Diego para ser. ¿Pues por qué si yo entiendo así estas cosas, y ellas son así, no he de mostrar alegría del buen suceso de mi amigo? Que infaliblemente tiene falta de fé, quien sabiendo que el alma es inmortal, y que el hombre perfecto es el alma, no tiene contento de verla sin embarazo nacer á la eterna vida en el divorcio que hace con el cuerpo. No sólo me pesa de que muriese mi amigo, mas alzando la voz mas, así le dije á Dios.

Señor, si piadoso ordenas favorecer mis deseos, pues

criaste para tí mi alma á tu imagen y semejanza, y despues contigo mismo la reparaste, desátala de estas ligaduras, donde en república mortal se vé sujeta a leyes de apetitos desordenados. Basta, señor, el tiempo, que ciega con la nube del cuerpo, vaga y errante, esforzada á obedecer alvedrios tiranos. Desnúdame, Señor, de estas prisiones, y apresura el día, en que siendo el postrero, solo temerè la cuenta, y en ella lo mucho que descuidado y perezoso he de dar que suplir á tu sangre; tanto mas malo, cuanto mas necesidad tuviere de tu mayor misericordia. No ande mas tiempo tu imagen mal acompañada; que si por destierro está en el cuerpo, ya ha sido largo el castigo. Y yo os prometo, Señor, que de aquí allá no ha de haber alegría en mi corazón, pues solo pienso admitir con el postrer plazo.

Así acabé mi oracion, Señor D. Antonio. Y despues acá todo el tiempo que vivo es en confianza de que no dejará Dios de oirme: pues como el profeta puedo decir, que clamo á el desde el profundo; y él, como dice David en el salmo 129, se dolera. Porque como se lastima el padre de los hijos; así Dios de los que le temen, porque él conoció la faviola de que somos compuestos; y porque se acordó que somos polvo florecerá el hombre como la flor del campo, y serán como el heno sus días. Mas lo encareció Job, que dijo que eran nada. Y apretándolo mas y tratando de las horas dijo un griego, que una misma hora era madre y madrastra. Y al fin todo es mudanza; y de que vivimos, poco es vida, que lo mas es tiempo que nos lleva tras sí. Y por eso la iglesia la postrer palabra que nos dice es, que descansemos en paz, por ser cosa que en sola la muerte la podemos hacer.

Esto escribo á V. Señor D. Antonio, para que con igual ánimo despreciando los miedos de la muerte amiga, los pase á los trabajos del vivir, y filósofo no deje vencer, ni doblar el espíritu de la opinion comun y espantosa.

#### MEDICINA.

*Carta de D. Josè Bermudez de Castro, profesor de medicina, al autor de esta.*

**M**uy Señor mio: Dos puntos hay en la Gaceta de V., de que debo tratar, y lo haré con la brevedad posible. El pri-